

Carnaval de Barranquilla o la confluencia de historias

Ramiro Delgado Salazar

Con la emotiva y viva frase “Quien lo vive es quien lo goza”, la ciudad de Barranquilla, como un imán regional, ha construido el universo de su carnaval en el que, históricamente, se han ido articulando una amplia y variada gama de manifestaciones que han conformado el sentido de identidad y pertenencia de esta celebración. Una celebración que irrumpe en toda su efervescencia cuatro días antes del Miércoles de Ceniza con que inicia la Iglesia católica la cuaresma como tiempo litúrgico de penitencia, recogimiento y abstinencia de carne, preparativo, a su vez, para su semana mayor o Semana Santa.

10

Son cuatro días de carnaval que permiten reconocer, en sus diversos componentes, casi un año de preparación y expectativa, y en los que el agua, la harina, el talco, las músicas, las danzas, comparsas, disfraces y letanías, case-tas, bailes de carnaval y comidas entre otros, relatan las historias de ayer o representan las viscerales críticas al presente, mientras sus hacedores dan cuenta de un momento especial con sentido identitario y existencial: de la lectura del bando, a la Batalla de Flores, y hasta El entierro de Joselito Carnaval se vive un tiempo ceremonial, ritual lleno de profundo sentido para los locales y regionales, quienes de diversas maneras viven estos días como una fuerza renovadora, casi estática o de trance y transformación, que cíclicamente, año tras año, los convoca.

La ciudad y su gente, la región y sus mundos entran en un tiempo diferente, en un ritmo que altera la cotidianidad en toda su extensión; son días de carnaval que invitan a diversos eventos en la Vía 40, como la Batalla de

Flores y la Gran Parada, y también convocan a cada barrio o cada localidad cercana a vivir y a participar de forma vital y fundacional en este momento único en el calendario de los barranquilleros y locales, nutriéndolo de cada una de sus manifestaciones y dándole sentido de identidad regional.

El Carnaval de Barranquilla es una celebración que congrega a toda la ciudad y la articula, en su extensión (sus barrios, su gente y sus clases sociales) con la región, con el Río Magdalena como un canal de comunicación que lleva y trae múltiples expresiones de esta época festiva, y consolida un horizonte carnavalero o eje carnestoléndico.

Indumentarias polifónicas, contrastantes músicas, danzas locales y foráneas, múltiples hacedores del carnaval y visitantes, permiten vivir Barranquilla, ciudad llamada “La puerta de oro de Colombia”, en estos tiempos carnestoléndicos, en los que pareciera que trastrocara el orden establecido para dar rienda suelta a múltiples corporalidades que expresan la vitalidad de una celebración que evoca y habla de la carne; hablamos de otro orden en torno a lo permitido y establecido que, tras disfraces, sátiras, letanías, burlas, críticas y comparsas, cubre con su presencia los cuatro días de esta celebración que invierte el orden, el tiempo, la espacialidad y la vida misma.

Esa ruta anterior del Carnaval de Barranquilla deja ver en su devenir anual, cíclico, los procesos vitales de su transformación, trayendo a escena el diálogo entre la vida privada y la vida pública, entre la casa y la calle, como escenarios en los que aquel tiene su vida.

Cada barrio, cada agrupación, o cada persona que hacen el carnaval, traen siempre sus memorias sobre las dinámicas locales de este Carnaval y las rutas y lugares en los que ha construido su historia y contraponen entre la conocida Vía 40, en plena zona industrial de la ciudad en la que ahora se desarrolla el Carnaval, y las pasadas épocas en las que el Paseo Bolívar, en pleno centro de la ciudad, acogía esta celebración.

En ese devenir y esa transformación del Carnaval de Barranquilla se logra percibir que diversos agentes locales y nacionales han ido moldeando, a su antojo y maña, una celebración cuya fuerza existencial, indómita y vital ha estado más en la espontaneidad, pertenencia y sentido de la creatividad de sus hacedores y en las distintas manifestaciones que lo constituyen, que en las propuestas globales y comerciales con que lo han ido interviniendo e incluyendo en sus agendas con una profunda incidencia en su lógica carnavalera, desde el turismo cultural hasta el complejo proceso de su declaratoria como pieza maestra del patrimonio oral e intangible de la humanidad por parte de la Unesco. Nos encontramos con una doble vía que jalona esta celebración regional, agendada desde esferas globales y externas, locales, públicas y privadas, que ha generado en los últimos quince años cambios regidos desde una oficialidad y formalidad, quizás dejando entrever razones y movimientos que hablan de la realización de dos carnavales paralelos. El Carnaval de Barranquilla es un espacio para el cuestionamiento a las acciones que desde el poder intervienen una celebración que, si bien tiene su lógica y su sentido identitario, es la espontaneidad y la inversión de los sentidos y el goce, lo que le da su vitalidad y presencia en la región.

“Ser carnavalero” es una forma de existir, es darle sentido a una identidad regional en torno a esta celebración, la cual conecta historias y memorias. Enraizado en más de cien años



© David Estrada Larrañeta/Bluephoto.
Carnaval de Riosucio Caldas, 2011

de existencia, el Carnaval de Barranquilla, una polifonía de sentidos, una manifestación cultural en la cual se reconocen la pluralidad y diversidad de sus mismos componentes, resultados de una construcción a lo largo de la historia, anclada en rutas locales y en expresiones culturales que le han dado su valor y su lugar en el contexto nacional, enfrenta ahora los retos del siglo XXI: las tensiones entre la tradición y la modernidad y los avatares de la globalización y la comercialización.

Ramiro Delgado Salazar es profesor del Departamento de Antropología. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.